

de esta época se vendieron las concordancias de la Biblia en cien escudos de oro, y las obras de Tito Livio costaban ciento y veinte.

58. Despues que los griegos salieron de Florencia, hubo todavía cinco sesiones, desde el dia 6 de Setiembre del año 1439 hasta el 6 de Abril de 1442. En la primera pronunció el Papa Eugenio contra las actas y los padres de Basilea la sentencia terrible que repitió en la sesion tercera, así contra Amadeo, como contra sus fautores. Habia sabido que estaba ya consumada la obra del cisma; y á fin de proporcionar nuevos defensores á la Silla romana, hizo una promocion de diez y siete cardenales, menos notables por el número que por las cualidades de aquellos á quienes honraba con la púrpura. Los habia de casi todas las naciones, y eran todos estimados por su capacidad, por sus costumbres y por su cuna. Recibieron entonces el capelo Besarion de Nicéa, el mas distinguido entre tantos prelados ilustres, é Isidoro de Rusia. Entre los de occidente, el español Juan de Torquemada, dominicano, maestro del sacro palacio, era el mas célebre por sus grandes conocimientos en la teología, en la filosofia, en el derecho canónico y en casi todas las ciencias.

59. La segunda sesion de Florencia ofreció un espectáculo enteramente nuevo despues de la reunion de los griegos (1). Ya hemos visto que habian llegado los armenios á esta ciudad antes que salie-

(1) *Conc. t. 13. p. 1198.*

sen de ella los griegos. Noticioso el católico ó patriarca de aquella nacion, de que iba á celebrarse un concilio ecuménico para reunir toda la Iglesia bajo una misma Cabeza y en una misma fe, habia enviado cuatro doctores de los mas hábiles que tenia, con el encargo de representar su persona, de proponer algunas dificultades para ilustrarse acerca de ellas, y de adherir en su nombre á las decisiones legítimas del concilio. Aquellos pueblos lejanos, que habian abrazado los errores de Eutiques, perseveraban en ellos mas bien por hábito y por falta de instruccion, que porque estuviesen obstinados en seguirlos. Buscaban la luz con sinceridad y de buena fe, y la recibieron luego que se les presentó. Pero como su distancia y la situacion en que se hallaban les impedian casi de todo punto el trato y la comunicacion con el resto de la cristiandad, se habian introducido entre ellos muchas prácticas abusivas en la administracion de los sacramentos, además de sus errores y estravíos en las verdades de la fe. Por tanto, se estiende particularmente sobre esta materia el famoso decreto del concilio de Florencia ó del Papa Eugenio á los armenios. Lo mas singular es, que asigna por materia al sacramento de la Confirmacion la uncion del santo crisma, y al sacramento del Orden la entrega de los instrumentos ó vasos sagrados, sin espresar de un modo formal y preciso la imposicion de las manos. Sin embargo, no se escluye este requisito en ningun pasage de él; y á la verdad, si consideramos sin

espíritu de escuela y de sistema las circunstancias de los lugares y de las personas, hallaremos que este género de omisión no tenía inconveniente para la iglesia de Armenia, sumamente adicta, como todas las orientales, á la imposición de las manos. No obstante, ésta es una de las razones que han movido á algunos teólogos modernos á no mirar como ecuménico el concilio de Florencia despues de la separación de los griegos. Nosotros no nos mezclaremos en esta nueva controversia, que por razón de su extensión y del plan que nos hemos propuesto de desentendernos de todo interés de sistema, es agena de nuestro asunto, por cualquier lado que se considere.

60. El patriarca y los obispos jacobitas de Egipto, eutiquianos ó monotelitas, como tambien los armenios, habian sido invitados, con todos los orientales, al concilio de Florencia, por cartas y por nuncios del Sumo Pontífice (1). Alberto, sacerdote del orden de los frailes menores, enviado á los jacobitas, desempeñó perfectamente su comisión. Su patriarca, reducido al estado deplorable en que se hallaban todos aquellos gefes de la gerarquía, tan florecientes en otro tiempo bajo el gobierno romano, y destituido de los medios necesarios para presentarse del modo que convenia á su dignidad, envió en su lugar á Andrés, abad del monasterio llamado especialmente de San Antonio, porque habia muerto en él este santo. Llevaba comisión pa-

(1) *Ibid.* p. 1204.

ra recibir con respeto la doctrina de la santa iglesia romana, y conservarla fielmente, para que publicada en su patria la recibiesen todos. El patriarca le entregó la carta siguiente, en que parece que todo el énfasis del estilo oriental no bastaba para explicar la viveza de sus sentimientos con respecto al Papa.

„Juan, siervo indigno de los siervos de Jesucristo, obispo de la silla de San Marcos, de la grande Alejandria, y de todo el Egipto, de la Libia, de Etiopia, del África occidental, y generalmente de toda la misión del santo Evangelista: despues de haber pedido al Señor el perdón de mis pecados, me postro hasta la tierra en vuestra presencia, Sapientísimo y Santísimo Padre, Señor Eugenio, Papa de la gran Roma, sacerdote y pastor por excelencia, guía seguro, cuyas lecciones y ejemplos señalan el camino del cielo á todos aquellos que peregrinan en las sombras de este siglo; Cabeza apostólica de todas las iglesias cristianas, Príncipe único y venerable de todos los Príncipes constituidos en las demás sillas: confirme para siempre el Eterno la estabilidad de vuestro trono, y dirija tan perfectamente con vuestra sabiduría, como con la estrella que apareció á los magos, su inmenso rebaño, que ninguno de los que oigan vuestra voz, deje de seguirla.” Despues de estos homenajes, instruye el patriarca al Sumo Pontífice de la comisión que habia dado al abad que representaba su persona. No hubo dificultad en hacer que se con-

viniesen unas gentes tan bien dispuestas. Andrés adoptó en nombre de su patriarca y de todos los jacobitas cuanto creía y enseñaba la iglesia romana: reprobó del mismo modo todo lo que ella reprobaba; y se formó el acta en árabe y en latin.

61. El Emperador de Etiopia ó de Abisinia, llamado Zarah, escribió tambien al Papa Eugenio, y le envió sus cartas con un abad de los etíopes, llamado Nicodemus. Manifestaba tanto celo por la union, que pensaba ir él mismo á Roma para abrazarla en persona; lo que no llegó á verificarse. Todo este fervor, propio del clima, y tan fácil de evaporarse como de inflamarse, nos da á entender cuan escasa era la medida del cristianismo que conservaban aquellos estrangeros inconstantes despues de su antiguo rompimiento con el centro de la unidad. Filotéo, patriarca melquita de Alejandria, no dejó tampoco de escribir al Papa en unas circunstancias tan oportunas para despertar el entusiasmo (1). Le prodigó los títulos honoríficos con la misma profusion que el jacobita. Le llamó hombre celestial y ángel terrestre, no menos revestido de la divina gracia que de los ornamentos pontificios; Cabeza divina de todas las Iglesias; sucesor de Pedro, y piedra inmoble de la fe; y aplaudió la union en términos igualmente pomposos, confirmandola luego que llegó á su noticia. Añade que escribe al Emperador y á los principales prelados de Constantinopla, á fin de tratar como hereges y

(1) *Con. t. 13. p. 1174.*

como objetos de anatéma á los que no la admitan. Pero no tardaremos mucho en ver á estos ardientes africanos, y en general á todos los orientales, entregados otra vez con igual teson y empeño al cisma de la Grecia.

62. Estos peligros futuros no impedian al Papa Eugenio hacer el bien presente, á pesar de cuantos obstáculos y dificultades encontraba en Basilea. Pero los miembros de este concilio, á fuerza de faltar al respeto que debian al Papa, se acostumbraron á reverenciar poco el Pontificado en el mismo sugeto á quien lo habian conferido. No permitian que sus decretos se publicasen en nombre de Felix, y le tenian en una dependencia continua. Habiendo resuelto el Emperador y el cuerpo germánico en una dieta celebrada en Francfort, congregar un nuevo concilio, prometió el de Basilea que no presidiria en él su Papa, y que se procederia en todo como antes de su eleccion (1). Quejábase Felix de que en vez de proporcionarle todas las ventajas que se le habian prometido, le obligaban á consumir la herencia de sus padres para sostener su obediencia. Pero el Emperador no desistia del proyecto de un nuevo concilio. Despues de haber conferenciado acerca de este punto, por medio de enviados recíprocos, con el Papa Eugenio y con la asamblea de Basilea, pasó cerca de esta ciudad, estando de vuelta para sus estados, sin querer entrar en ella, porque ponian allí alguna dificultad en acce-

(1) *Cochl. hist. Rus. l. 9.*

der á sus designios. Envió embajadores para que le llevasen una respuesta decisiva, y no ocultó que trataba con Eugenio como con el verdadero Pontífice romano, y que opinaban ya cinco electores por la cesacion de su neutralidad entre Roma y Basilea. El temor y el interés produjeron el efecto que no habia podido conseguirse con tantos motivos de la mayor importancia, y se dió á César la obediencia que por tanto tiempo se habia negado á Dios y á su Vicario. Entonces entró el Emperador en Basilea, á fin de consolidar lo que se habia determinado, y es de notar que no tributó á Felix los honores debidos al Sumo Pontífice. Salió de allí inmediatamente despues, y desde entonces se disipó casi de todo punto el concilio de Basilea. Se retiró tambien Felix, y fue á establecerse en Lausana con una parte de sus cardenales.

63. Eugenio, que el dia 6 de Abril del año 1442 en la quinta y última sesion celebrada en Florencia despues de la salida de los griegos, habia trasladado este concilio á Roma, respondió al Emperador con la dignidad que convenia á la verdadera Cabeza de la Iglesia, que luego que estuviese en aquella ciudad, juntaria el mayor número posible de prelados para examinar si era oportuna la celebracion de otro concilio, y que despues enviaria legados á Alemania para deliberar sobre este punto con el Emperador y con los Príncipes del imperio; que segun á él le parecia, nada podria adelantarse, á no ser que la Alemania abandonase una neu-

tralidad inconciliable con los verdaderos principios de la fe, y volviese á su antiguo respeto para con la santa Sede: conducta que bastaria por sí sola para restablecer la paz de la Iglesia; y que si se tomaba este partido, procederia con mucho gusto á celebrar un nuevo concilio, con el beneplácito de los Reyes y demás Príncipes que no habian vacilado en su sumision religiosa. Eugenio pasó en Florencia el resto del año y los dos primeros meses del siguiente; pero no se tuvieron mas sesiones ni congregaciones sinódicas; y desde entonces pudo considerarse como concluido este concilio, aunque trasladado á Roma, donde solo se celebró una sesion de poquísimo interés para los asuntos generales de la Iglesia.

64. Dos concilios celebrados á un mismo tiempo, y contrarios entre sí, presentan sin duda un grande escándalo en la Iglesia cristiana, en la que su Fundador adorable no imprimió otra señal ó carácter mas propio y mas divino que el de la unidad. Esta dificultad resulta especialmente de las decisiones, contradictorias en la apariencia, que se dieron en Florencia y en la segunda sesion de Basilea, acerca de la autoridad respectiva de los Papas y de los concilios; porque en cuanto á las últimas sesiones de Basilea, contando desde la veintiseis inclusive, esto es, desde la disolucion ó traslacion expresamente mandada por la Cabeza de la Iglesia, se conviene en la actualidad de un modo bastante uniforme en que desde entonces dejó de ser ecu-



ménico este concilio, y por lo mismo no queda ya mas que el escándalo de la discordia y la zizaña, que nada tiene que ver con los fundamentos de la fe. Pero ¿acaso no se halla comprometida en estas altercaciones y debates la misma prerogativa de la infalibilidad, de la cual se hicieron dos atribuciones contradictorias que la destruyen, por una parte en el concilio de Basilea que no hacia mas que repetir los decretos ecuménicos de Constanza, y por otra en el de Florencia, y mucho mas en el de Letran, celebrado en tiempo de Leon X? Para disipar estas inquietudes, basta traer á la memoria las definiciones en que se fundan, y que se suponen contrarias entre sí. En primer lugar, por lo que toca al famoso decreto de Basilea ó de Constanza, acerca de la superioridad de los concilios generales sobre los Papas, es inútil perder el tiempo en repeticiones, despues de lo que acabamos de decir. En cuanto al de Letran, parece que por el contrario atribuye á los Papas esta autoridad superior; pero además de que esto no se propone como definición de fe, sino solo para el efecto de convocar ó de disolver los concilios, ¿qué nos importa esta contrariedad, cualquiera que ella sea, cuando los doctores mas respetables de la misma Italia nos dejan una libertad absoluta para tener ó no tener por ecuménico este concilio? En cuanto al decreto de Florencia, el cual es de muy distinta especie, no dice otra cosa sino que el Papa tiene plena potestad para gobernar la Iglesia universal. ¿Y quién se-

rá el católico sincero que no convenga en que la autoridad del Sumo Pontífice se estiende á todas las iglesias, y que los pastores que las gobiernan inmediatamente le están subordinados como á Cabeza que es de todos ellos? (*)

Sobre todo, jamás se ha disuelto el vínculo de la unidad por este género impropio de controver-

(*) ¿A qué no se ven precisados á recurrir los defensores de unas máximas insostenibles! ¿Quién dirá al leer este último número, que es el sábio Berault el que habla en él? Aun despues de habernos descrito los escándalos de Basilea, sigue dando el nombre de concilio á aquella faccion cismática en la que apenas se contaban diez obispos; y rehusa dar el título de general al concilio V de Letran convocado y presidido por el mismo Papa (primero por Julio II, y despues de su muerte por Leon X), al que fueron llamados todos los obispos del mundo, al que concurren, cuando menos, ciento y catorce prelados de diferentes países, y que por último fue confirmado solemnemente por una constitucion apostólica. Pero en Basilea se adoptaban como inconcusas las máximas que constituyen la famosa praemática-sancion de Francia, y la mas famosa declaracion de 1682, y en Florencia y en Letran se destruían estas máximas: ved ahí toda la razon para que un escritor adicto á las pretendidas libertades galicanas, prefiera, ó al menos intente igualar el congreso de Basilea con dos concilios tan respetables. Basta esto solo para hacernos conocer cuáles son y á qué inducen las máximas de la citada declaracion; se vé con cuánta razon decia Napoleon Bonaparte, que con solas ellas podia pasarse sin Papa. Mas, ¿por qué nunca se ha disuelto, como concluye Berault, el vínculo de la unidad entre los mas fuertes partidarios de estas opiniones contrarias? Ya se ha contestado mas de una vez á esta pregunta: la causa principal, prescindiendo de las demás, es á nuestro juicio lo que decia el mismo Bossuet en su carta 103 (tom. 4. oper. in 8.), aunque en diferente sentido: „hemos visto, de-

sia entre los mas fuertes partidarios de las dos opiniones opuestas, porque al mismo tiempo que combatian unos con otros, se miraban mutuamente como hermanos, y se tenian por ortodoxos; contribuyendo además, cada uno segun sus máximas, al bien general de su madre comun, ó de la misma Iglesia, en lo que se distinguian esencialmente de aquellos hijos de anatéma, que si convierten sus esfuerzos contra los hijos dóciles y celosos, es solo para despedazar con mas libertad el seno materno.

cia, que aunque se enseñe lo que se quiera en la especulativa, siempre será preciso en la práctica volver al consentimiento de la Iglesia universal." Esto es, el clero de Francia, á pesar de los famosos artículos, ha seguido la práctica segura, y se ha conducido segun las máximas santas y generales de la Iglesia católica; por esto no se ha disuelto el vínculo de la unidad. Véanse Fenelon, Maistre, Anfossi y La-Mennais.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINCUAGÉSIMO-SEGUNDO.

- N.º 1. *Decadencia del concilio de Basilea.* 2. *El Rey de Aragon se reconcilia con el verdadero Papa.* 3. *Muerte del piadoso cardenal Albergati.* 4. *Division en Polonia.* 5. *Victorias de Huniudes.* 6. *Vuelve Scanderberg á ocupar el trono de sus padres.* 7. *Treguas de Amurates con el Rey de Polonia.* 8. *Batalla de Varna.* 9. *Muerte del Rey Ladislao.* 10. *Muerte del cardenal Julian Cesarini.* 11. *Sumision de los eutiquianos de Siria al concilio de Letran.* 12. *Casimiro IV, Rey de Polonia.* 13. *Muerte del Emperador Juan Paleólogo. Le sucede su hermano Constantino.* 14. *Negociaciones para la estirpacion del cisma.* 15. *San Antonino, elevado á la silla de Florencia.* 16. *Canonizacion de San Nicolás de Tolentino.* 17. *Se restablece la concordia entre el Papa y los alemanes.* 18. *Prudentes consejos de la Francia.* 19. *Muerte de Eugenio IV.* 20. *Su carácter.* 21. *Nicolao V.* 22. *Fin de la neutralidad de la iglesia de Alemania.* 23. *Conferencia de Leon.* 24. *Concordato germánico.* 25. *Legacion del cardenal de Carvajal en Bohemia.* 26. *Pogebzac.* 27. *Cábalas é intrusion de Roquesana.* 28. *Los sectarios se apoderan*